

Epoca 22.9.08

TZIPI LIVNI Y LA MINIFALDA

Cuando a finales de los sesenta Golda Meir encabezaba el Ejecutivo israelí, tuvo mucho éxito en España un chiste en que se preguntaba porqué Golda no podía usar minifalda. La respuesta era anatómicamente contundente. En el caso de la aspirante a primer ministro Tzipi Livni su evolución respecto a la posibilidad de lucir tan sugestiva prenda ha sido notable. En su adolescencia y juventud sin duda no se lo hubiera podido permitir. Militante entusiasta de las juventudes del Likud, decidida partidaria del Gran Israel, enrolada en el ejército a los dieciocho años alcanzando el grado de teniente a los veinte, agente del Mossad cuatro años sin que se haya aclarado si el tipo de misiones que desempeñó incluyeron la eliminación de líderes palestinos, la rubia y atractiva dirigente tuvo una etapa de activismo sionista sin remilgos. Más adelante, en la misma tónica, se sumó a las filas de Benjamin Netanyahu y fue nombrada por éste responsable de la Autoridad Nacional de Compañías Estatales, cargo en el que se dedicó a privatizar todo lo que se le puso por delante. Posteriormente, abandonó a Netanyahu y pasó a apoyar a Ariel Sharon, bajo cuya batuta ocupó nada menos que seis ministerios, y al que siguió en su aventura secesionista de fundación de un nuevo partido, el Kadima, proclive a pactar con los palestinos la solución conocida como "dos Estados". A partir de aquí, Livni se labra una reputación de persona dialogante, moderada y razonable, totalmente alejada de sus orígenes biográficos y familiares. Su problema en estos momentos es el típico de los centristas en entornos turbulentos: quieren complacer a casi todos y no consiguen convencer a casi nadie. Su propia formación está profundamente dividida entre halcones y palomas y el Parlamento israelí es un mosaico variopinto de catorce grupos de muy difícil manejo. Si la ex-espía no consigue articular una mayoría sólida, se verá abocada a elecciones anticipadas ante un Likud crecido y muy destacado en las encuestas. Se dibuja un porvenir poco halagüeño para esta otrora mujer de hierro convertida en figura de moldeable plastilina.

Aleix Vidal-Quadras